



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

La colección *Patrimonio Institucional* de Ediciones
Universidad Austral de Chile, busca recuperar,
poner en valor y afecto la herencia
intelectual de autoras y autores ligados
a nuestra Universidad y cuyas
obras, de escasa visibilidad en
el presente, fueron y son un
aporte insustituible al
conocimiento y al
acervo cultural
del país.



Jorge Millas

Irremediablemente
Filósofo

Entrevistas y Discursos

Ediciones  UACH

Colección Patrimonio Institucional

Selección y Prefacio

Maximiliano Figueroa

Esta primera edición en 500 ejemplares de

IRREMEDIABLEMENTE FILÓSOFO

Entrevistas y Discursos

se terminó de imprimir en agosto de 2017
en los talleres de Andros Impresores.

☎ (2) 25 556 282, www.androsimpresores.cl
para Ediciones Universidad Austral de Chile.

☎ (56-63) 244 4338
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile.

Dirección editorial

Yanko González Cangas.

Cuidado de la edición

César Altermatt Venegas.

Maquetación

Silvia Valdés Fuentes.

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos,
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2017.

© Del prefacio: Maximiliano Figueroa, 2017.

© De las entrevistas: sus autores y medios de comunicación.

© De los discursos: herederos de Jorge Millas.

RPI: 280.433

ISBN: 978-956-390-014-9

Nota del Director:

Agradecemos especialmente a la Dra. Paulina Schuller por su generosidad en facilitarnos documentos y conferencia de Jorge Millas. Igualmente a Miguel Espinoza, heredero del autor; la Revista Austral de Ciencias Sociales y a Empresa el Mercurio S.A.P., por su diligencia en la cesión de derechos.

No se trata de vivir primero y después filosofar. La vida es demasiado compleja y demasiado corta. Y si nos atuviéramos a ese proverbio (primum vivere deinde philosophare) tendríamos que quedarnos con vivir y no filosofar nunca, porque siempre tendremos la vida por delante y eso nos servirá siempre de excusa para no filosofar. Por eso yo creo que se vive y se filosofa simultáneamente. No son cosas separadas. La filosofía debe estar siempre impregnando la vida.

Jorge Millas

Contenido

Prefacio

por Maximiliano Figueroa 11

Entrevistas 19

«Simplificar lo insimplificable». Revista *Ercilla*

por Alfonso Calderón 21

Jorge Millas: Presencia de un hombre tímido. Revista *Ercilla*

por Hans Ehrmann 29

«Si yo fuera bastante vanidoso como para ser modesto».

Revista Austral de Ciencias Sociales 35

«Chileno, filósofo, agnóstico y demócrata». Revista *Hoy*,

por Malú Sierra 43

«Nada entre Dios y yo». *Revista del Domingo, El Mercurio* 49

Las universidades son el «chivo expiatorio» de todos los gobiernos.

El Mercurio,

por Pilar Vergara 53

Conversación con Jorge Millas: La prensa y el derecho a la libertad.

Diario *El Sur*, Concepción,

por J. Garbarino 59

La lucha por la libertad. Revista *Hoy*,

por Jaime Moreno Laval 67

«El Estado, hoy día, es un desafío a la ciencia, la tecnología y la sabiduría». Revista *Apsi*,
por M. Isabel Gil y Sergio Marras 75

Opina el «primer granado». Revista *del Domingo, El Mercurio*,
por Nicolás Luco 81

Jorge Millas: «Soy una persona que no ofrece otro peligro que el de sus propias convicciones». Revista *Cosas*,
por Malú Sierra 85

Jorge Millas: «Quieren sacar las carreras humanistas de las universidades». Diario *La Segunda*,
por Emilio Bakit 97

Habla el filósofo Jorge Millas: Terrorismo. Para Reprimirlo hay que remover los pretextos que lo ennoblecen. Diario *Las Últimas Noticias*,
por Meche Garrido 103

La renuncia de Jorge Millas. Revista *Hoy*,
por Malú Sierra 117

Las universidades son torres de marfil. Diario *La Tercera*,
por María Eugenia Oyarzún 125

Quién y cómo es Jorge Millas. Los pasos del lobo estepario. Revista *Hoy*,
por Odette Magnet 137

«La gota de agua sobre la piedra». Revista *Hoy*,
por Malú Sierra 147

Discursos 155

La ciencia y la ilusión humanista 157
Con reflexión y sin ira (discurso en el Teatro Caupolicán) 169
Discurso de despedida de la Universidad Austral 175

Prefacio

Maximiliano Figueroa
Dr. en Filosofía Moral y Política

Fue durante un paseo por la costanera de la ciudad de Valdivia, junto al rector Eduardo Morales, afianzada ya la idea y resuelta la voluntad de fundar una universidad, que Jorge Millas propuso el nombre de la futura institución: Universidad Austral de Chile. Durante más de una década el filósofo itineró entre Santiago y la ciudad del sur para cumplir tareas académicas. Los largos y reiterados viajes en tren estuvieron, sin lugar a dudas, animados por su sentido de servicio a la causa que lo implicó hasta llegar a constituirse en un significado central de su vida: aportar al más alto desarrollo de la universidad como institución del espíritu.

Es un hecho feliz que este libro, en el que se reúnen entrevistas y discursos de Jorge Millas, sea publicado bajo el sello editorial de la Universidad Austral de Chile en el año del centenario del nacimiento del filósofo. En el último tiempo se ha producido una auspiciosa recuperación de su figura y pensamiento, esto funda la expectativa de que el conocimiento de su obra llegue a incrementarse a los niveles que su innegable valor amerita y que Millas deje de ser para las nuevas generaciones «un ilustre desconocido». Esta publicación se justifica y orienta ya por este básico objetivo.

La Universidad Austral fue la institución donde Millas vivió el último tiempo antes de su definitivo exilio universitario, el que sería aplacado, en parte, por el espacio que le brindó la Academia de Humanismo Cristiano para dictar algunas lecciones que versaron sobre los funda-

mentos de los derechos humanos. La creación de la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello, un año antes de su renuncia a la universidad, fue una iniciativa más en el marco de su defensa práctica y testimonial de las universidades chilenas en un momento en que estas vivían lo que calificó un «estado de postración». Hoy, podemos afirmar que la idea y defensa de la universidad, llegó a identificarse con Jorge Millas hasta un punto en que se hace imposible pensar la universidad chilena eludiendo esta identificación como episodio esencial de su devenir histórico. Millas pensó la esencia de la universidad como pocos y estuvo en primera línea para defenderla cuando las condiciones de su existencia se hicieron hostiles para su realización auténtica.

La Universidad Austral no escapó a la intervención del régimen militar que sufrieron todas las instituciones de educación superior a partir de 1973, «ese año de dolor» como lo llamó el filósofo. Así y todo, esta institución, por un breve período, ofreció ciertas condiciones de excepción que animaron en Millas la esperanza de ver restituido los fueros universitarios como un primer paso en la normalización del país que, según el compromiso de las Fuerzas Armadas, se haría en «el más breve plazo posible». Pero no estaba el régimen para tolerar excepciones y cuando extendió sus mecanismos de hostilidad para anularlas –lo más probable, incluso, que como directa reacción a la actividad intelectual del propio Millas, que amplió su alcance público e intensificó su denuncia crítica ante la situación que vivía el país–, el filósofo experimentó, como exigencia moral de coherencia, la forzosa obligación de renunciar a la universidad. Lo hizo a su manera: afirmando el carácter individual e intransferible de su decisión, sin esperar ser emulado, sin pretender erigirse en modelo de conducta, sin menoscabar a quienes permanecieron en sus funciones, aun no siendo indiferentes al intervencionismo que extendió el menoscabo a todo el sistema universitario. Lo hizo, además, consciente –como él mismo se encargaría de explicitar– de que su sacrificio era incomparable y claramente menor al sufrimiento que alcanzó a otros compatriotas bajo la violencia del régimen.

Pero Millas no renunció para retirarse a las catacumbas, y continuó, «con reflexión y sin ira», con toda la fuerza del razonamiento que se ancla en la exigencia de defensa de la libertad y de la dignidad humana, representando en esos momentos un referente de resistencia reconocido a nivel nacional.

Si en un comienzo, temprano por lo demás, sus pronunciamientos se centraron en la denuncia de la universidad vigilada e intervenida con posterioridad al golpe militar, estos se dirigirían más tarde a denunciar los límites impuestos a la libertad de prensa, el terrorismo y la violencia provenientes del Estado, la inconsistencia del concepto de democracia protegida que promovían los ideólogos del régimen, la ausencia de garantías en el plebiscito constitucional de 1980 y la incapacidad de la nueva Constitución de asegurar una auténtica democracia, para recoger la trayectoria histórica de Chile y representar un factor de unidad de la nación. El lector encontrará en las páginas de este volumen el registro de todo esto que aquí solo enunciamos para no evitarle los hallazgos de la lectura propia.

Esperamos que los textos que conforman este libro contribuyan a una aproximación comprensiva también a la persona de este filósofo itinerante o «errante», como el propio Millas se calificara. A través de las entrevistas y discursos seleccionados, aparece el filósofo, el intelectual público, el académico, el escritor, el universitario, pero –notará el lector– lo hace como una extensión coherente del ser humano, del individuo que se afirmó como tal y que en el trayecto de su vida integró su tiempo y circunstancia en lo que comportaron de concreta apelación a la responsabilidad personal.

Millas, celoso de su intimidad, reacio a entrar en detalles personales que –piensa– solo se entienden e importan en el contexto de su vida íntima, se trasluce, se deja ver, se manifiesta en sus palabras, posiciones, argumentos, luchas y al leerlo en este material aquí reunido, es difícil no formarse una idea de su persona o, como diría uno de los autores que tanto admiró, «del hombre de carne y hueso» que fue entre nosotros. Contribuyen a esto la descripción que algunos de los entrevistadores hacen del pensador; no hay asomo de contradicción entre ellos sino la misma impresión reiterada de estar frente a un hombre humilde y de inteligencia brillante, de trato atento y gentil, afanado por ser claro, no gravoso, con capacidad de reírse de sí mismo, con honda sensibilidad humanitaria, de dignidad insobornable, radicalmente sincero, ajeno a las imposturas, antidogmático, libertario, comprometido y desvelado ante los infortunios que vivía el país. Recupero el registro de Malú Sierra, a quien debemos más de una de las entrevistas que aquí se reúnen, y que lo presenta así:

Nunca supone que el que está al frente no lo va a entender ni tampoco se impa-

cienta si tiene que repetir varias veces un concepto. Es su manera de respetar a los demás, de creer en la gente y de mostrar sin proponérselo una humildad ganada en el doble camino de la filosofía y de la vida (...) No usa máscaras este hombre y eso –que parece algo lógico– es lo más extraordinario que tiene. Es difícil describirlo físicamente, porque el hálito de bondad que lo envuelve borra todo lo demás. Hay que detenerse para darse cuenta de las cejas espesas, el pelo entrecano peinado de cualquier manera, el bigote casi blanco, la espalda un poco curvada, la chaqueta tipo cotona colegial. Lo único que uno ve son sus ojos y detrás de ellos es al hombre que honesta y denodadamente busca la respuesta a la pregunta que muchos se hacen (y otros dejan «para después») ¿Quién soy yo? ¿Quién es el hombre? (...) No puede esconder, eso sí, un espíritu irónico que le aflora en medio de la mayor de las seriedades. A veces termina riéndose él mismo. Las otras veces sigue como sin enterarse de esos brillos de su inteligencia que lo revelan incluso mejor que esa formidable lógica con que expone su pensamiento, o el amplísimo vocabulario y lenguaje certero que no da lugar a equívocos.

El común afán periodístico de ofrecer un perfil de la persona entrevistada, nos beneficia con el registro de una amplia y valiosa información biográfica que el lector interesado, pero también el estudioso y el investigador, tiene ahora a su alcance y que, esperamos, sabrá aquilatar y ponderar para incrementar la comprensión de este intelectual en que vida y obra trabaron lazos profundos de continuidad. La opinión y los recuerdos de quienes le conocieron y fueron sus amigos, como Nicanor Parra y Luis Oyarzún, sus propias respuestas e incluso más de una confesión personal expresada por él mismo, otorgan a este libro el gran valor de acercarnos, en alguna medida, a la *individualidad* de Millas, a su interioridad afectiva. Nunca es posible determinar con toda certeza la manera en que un hecho vital significativo nos marca y opera en la configuración de nuestra identidad y personalísima proyección en la vida. Permítanme reparar en los acontecimientos de dolorosa pérdida de su madre en 1922, María Luisa Jiménez Alvarado, y de su hermano Fernando a los veinte años de edad por una meningitis. De la primera pérdida, ocurrida cuando él tenía solo cinco años, Millas expresa lo siguiente: «Siento que uno carece de algo que otros tienen. Que no se conoce la absoluta entrega, la absoluta abnegación, la absoluta capacidad de perdón, el absoluto origen de uno mismo». Su timidez infantil y su reflexiva adolescencia quizá se vinculan con estos hechos, y quizá ani-

maron en él su respeto a la intimidad de todo ser humano y lo llevaron a la estimación y promoción de la individualidad que recorre toda su obra, hasta el punto de convertirlo en un defensor incondicional de la vida humana. En una de las entrevistas contenidas en este libro y quizá menos conocida, incluso entre los estudiosos de su pensamiento, esta defensa incondicional queda expresada con una pertinencia histórica que muestra el coraje de Millas en tiempos de generalizado silencio. Se trata de una entrevista en que la periodista le pide pronunciarse sobre el fenómeno del terrorismo en el mundo y especialmente sobre el terrorismo de izquierda. Su insistencia fue que el terrorismo puede ser de izquierda o de derecha porque «toda la nomenclatura política no tiene la virtud de separar moralmente a las personas». Pero enfatizó especialmente, a continuación, su honda preocupación por un terrorismo indirecto que se expresa en lo que denominó «formas oficiales», entendiendo por tales «las que tienen lugar en una forma clandestina en nombre de la ley, o mejor, en nombre de la autoridad. Cuando una persona se la hace desaparecer de su casa, por ejemplo (...) y nadie sabe nada, no se sabe dónde encontrarla, esa es una forma –añadirá– de amedrentamiento, de opresión. Para mí espantosa».

El material reunido guarda completa armonía con la obra filosófica y ensayística del pensador chileno y entrega la posibilidad de plantear la siguiente afirmación: Jorge Millas representa la condición de un pensador radicalmente contemporáneo. Somos contemporáneos, decía Hannah Arendt, hasta donde llega nuestra comprensión. Pues bien, Millas se afanó toda su vida, precisamente, en la tarea de ampliar desde la filosofía la conciencia comprensiva de los más relevantes problemas y desafíos que comportaba el curso histórico del tiempo y circunstancia que le tocó vivir. Seguir el hilo de sus ideas y argumentos, de sus convicciones e incertidumbres, expresados a lo largo de años con inusitada persistencia y claridad, es someterse a una ampliación de nuestra conciencia y comprensión, exponerse a extraer como herencia personal la disposición a vivir con lucidez y sin embotamiento la propia vida y el propio tiempo. Al advertir que la reflexión crítica es parte distintiva de la condición humana, y que su descuido o postergación nunca se da sin altos y negativos costos para la vida individual y social. Millas es radicalmente

contemporáneo porque nos enseña a vivir en el presente y a reconocer que eso significa una exigencia de comprensión esclarecida y de responsabilidades que no se escamotean, sino que se identifican y ejercen en el concreto lapso de tiempo en el que transcurre nuestra vida. Por eso, su lección es que el pensar implica primero el valor de pensar, porque hacerlo auténticamente comporta un ejercicio de radical honestidad que termina comprometiendo nuestra conciencia y nuestra conducta.

El rol que debía ocupar la prensa y, en general, los medios de comunicación en la construcción de una vida social libre de dominación y que propicia en su vida pública los espacios para la discusión racional y la deliberación de su destino, fue algo de lo que Millas fue especialmente consciente y que plasmó en su libro de 1962, *El desafío espiritual de la sociedad de masas*. En este libro que ahora presentamos, se refuerza la imagen de un Jorge Millas que estima la matriz socrática como modelo y exigencia para su propia actividad intelectual. Las entrevistas aquí reunidas permitieron al filósofo la proyección pública de sus ideas frente al curso de la vida nacional, pero al hacerlo, el ágora mediática se permitió a sí misma –en una época de limitadísimo espacio para un periodismo crítico, con medios vigilados y siempre amenazados por la censura y la clausura–, estar a la altura de su misión social de promoción de una razón pública esclarecida. Tábano socrático, Millas denuncia, desenmascara, desnuda la insinceridad, las estrategias de encubrimiento, las inconsistencias conceptuales, los embotamientos ideológicos que secuestran a los individuos, pero hace todo esto mostrando, a la vez, sus concretas traducciones en distintas formas de atropello, opresión y menoscabo que los seres humanos pueden llegar a inflingirse en la vida social. Lo hizo, notará el lector, sin agresividad, sin ira, como si abrigara la esperanza de que la conciencia de sus adversarios podría en algún momento abrirse, por el propio peso y valor de las conquistas civilizatorias que él hizo presente con insistencia, a un cambio en el camino abierto que significara terminar con el atropello y desvalorización de las mismas.

Sepa el lector que este volumen reúne 17 entrevistas que Jorge Millas efectuó entre 1970 y 1982, se han reproducido respetando los estilos originales en que fueron publicadas y se han conservado íntegras, aun

cuando existen algunos datos que entre ellas se reiteran. Los discursos seleccionados son tres: «La ciencia y la ilusión humanista», pronunciado en enero de 1980 con ocasión de la Cuarta Versión del Instituto de Verano de Física organizado por la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad Austral; «Con reflexión y sin ira», leído en el Teatro Caupolicán en agosto de 1980 en una reunión de los opositores al Plebiscito Constitucional de ese año; «Discurso de despedida de la Universidad Austral», pronunciado el año 1981 materializada ya la renuncia del filósofo a la casa de estudios. Millas pronunció otros discursos que ya han sido recogidos, en su gran mayoría, en otros libros.

Como suele suceder con toda publicación, existen deudas con la acción de otros que la hicieron posible con su ánimo, apoyo y colaboración y que ameritan, al menos, palabras de sincero agradecimiento. En primer lugar, agradezco a Yanko González su profesionalismo y entusiasta acogida para publicar este libro bajo el sello editorial de la Universidad Austral de Chile. Mi reconocimiento agradecido se extiende a Nicolás Teuber y a Héctor Figueroa por la ardua tarea de haber transcrito la mayor parte de este material aquí reunido. Guardo de manera imborrable el recuerdo de la emoción y admiración que me comunicaron sentir al transcribir palabra por palabra este pensamiento vivo y comprometido de Jorge Millas. Agradezco, finalmente, el apoyo de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez que facilitó y respaldó la materialización de este proyecto.

Abrigo la esperanza de que el lector que se detenga en este libro, lo haga con la disposición a exponerse a un pensamiento implicado en el destino de Chile y la promoción del ser humano, expresado al ritmo del tiempo y de la vida que le tocó vivir a su autor, extraordinario en su lucidez, humanidad y pertinencia histórica. Quizá llegue a coincidir conmigo en estimarlo un rastro imprescindible que honra la historia intelectual de Chile.

Entrevistas

«Simplificar lo insimplificable»

Revista *Ercilla*, nro. 1.841, septiembre de 1970
Por Alfonso Calderón

Alguna vez, hace más de veinte años, don Enrique Molina dijo que Jorge Millas era «honra de nuestra incipiente filosofía». No era, ni entonces ni hoy, juicio descaminado o arbitrario, pues su quehacer se ha acrecentado efectivamente con los años. A los 53, exhibe cinco libros claves: *Idea de la individualidad* (1943), *Goethe y el espíritu del Fausto* (1948), *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente* (1960), *El desafío espiritual de la sociedad de masas* (1962) y su reciente *Idea de la Filosofía* (Editorial Universitaria). Urgido por una típica modestia, Millas atenúa en el prólogo de la obra sus intenciones. Supone que servirá para abrir caminos a quienes se inician y por ello admite que simplifica lo insimplificable, esquematiza lo que no puede ser esquematizado y cree que el texto será «motivo de desilusión para quienes están hace ya tiempo en el camino».

Una permanente duda experimental sacude al pensador, lejos del hartazgo y de la autocomplacencia. Ha enseñado en la Facultad de Filosofía de la «U», en la Escuela de Derecho, o en la Universidad de Puerto Rico. Se graduó en 1943 en Filosofía y luego obtuvo el Master en Iowa (USA).¹ Tal vez su lema más certero podría ser «poner en tensión la

.....
¹ Millas realizó estudios en el programa Master of Arts en Psicología por la State University of Iowa, en 1945. Cursó estudios también en la New School for Social Research de Nueva York. Obtuvo becas de la Fundación Guggenheim y del Instituto Internacional de Educación.

inteligencia y prepararla así contra las formas de la servidumbre que la amenazan por todas partes».

—¿Qué impresión produce en un hombre como usted, entregado por entero, a través de una vida, al pensamiento filosófico, la expresión: «el pensamiento paraliza la acción»?

—Ojalá pudiera el pensamiento paralizar la acción, cuando la acción es inconsciente o fanática. Ojalá pudiera poner frenos al activismo desbocado, que suelta la bestia humana contra el hombre. Por desgracia no es así, y la inteligencia es las más de las veces o un gesto impotente de contención o un estéril eco de «comprensión» frente a la acción insumisa. La conocida fórmula me parece, pues, cuando menos exagerada. Pero, además, es falsa, porque se funda en el supuesto de que el pensamiento y la acción son heterogéneos. La verdad es que uno y otra forman un continuo: todo pensamiento bien pensado es acción en potencia; toda acción responsable es inteligencia en movimiento.

Solo son incompatibles el pensamiento confuso y oscuro, que no tiene a la vista sus propias consecuencias, y la acción ciega, que no se ha aclarado sus fundamentos teóricos y morales. Buena parte del drama de los hombres en este momento es la insolidaridad del pensamiento (en su plenitud ética y teórica) y la acción. Sobre todo de parte de la acción está el problema. Al fin y al cabo el pensamiento que no puede prefigurar su propio dinamismo es solo estéril. Pero la acción desatada irresponsablemente, sin la dirección de una conciencia madura, es o bestial o caótica y, en todo caso, envilece la vida. Pero, ¿a qué extendernos sobre esto? Bergson lo dijo todo en una fórmula ejemplar: «Hay que obrar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción».

—¿Cómo se fue produciendo en usted el tránsito del poeta al *homo philosophicus*?

—Quizás la poesía solo fue para mí un ensayo exploratorio de mis posibles relaciones con el mundo. Eso explica la ambivalente vigilia filosófica y poética que dominó mi adolescencia, hasta pasados los veinte años. Que esa vigilia no haya sido plácida, sino tensa y desgarrada, se explica

de igual modo. El intento de ser lo que no se puede –en el sentido de no realizar el hombre el ideal de plenitud que se ha propuesto para expresar su experiencia del mundo– se paga al precio de un afán penoso y frustrante. Yo viví intensamente ese afán como poeta, pero pude sobreponerme a él sin esfuerzo y con sosiego, invadido por ese placer progresivo que sigue a la lenta extinción de una dolencia.

No hubo decisión alguna de mi parte –por tanto, ni cobardía ni heroísmo– para dejar la poesía. De pronto me encontré aplicado de lleno a lo que siempre me absorbiera –el afán filosófico– y desatento a lo que también me había consumido siempre: el desvelo poético. No fui, pues, yo quien dejó la poesía: ella me dejó a mí. Es probable que todo se deba a Nicanor Parra, con quien compartí mi adolescencia. ¿Cómo podía la poesía haberse quedado conmigo, si él había empezado a cortearla?

—Durante un tiempo, tal vez como reflejo de la imagen de Chile, se vio en don Enrique Molina la más acabada expresión del pensamiento filosófico nacional. ¿Cree usted que él tuvo esa posición de mentor efectivo, o se trata de un fenómeno compensatorio a nivel del pensamiento para equilibrar carencias?

—La labor filosófica principal de Enrique Molina se extiende entre 1912 y 1942. Es un período de treinta años, durante el cual tiene lugar el surgimiento de una voluntad de cultura intelectual, de realización de la nacionalidad en el campo de las artes y de las letras. El fenómeno seguía y completaba el de la afirmación institucional y educacional que culminara a fines del siglo pasado. Se expresaba de una manera impresionante en la poesía y de un modo menos notable, pero siempre significativo, en la novela, la música y aún en el trabajo científico y tecnológico. Enrique Molina, y junto a él Pedro León Loyola, más filósofo aunque menos escritor, representan lo mismo en el campo filosófico.

El proceso de paulatina diversificación y profundización de la voluntad nacional de cultura (que no es necesariamente una voluntad de cultura nacional) encontró en ambos el instrumento para expresarse en la forma de la filosofía. La elevación de un proceso de cultura al plano de la conciencia filosófica es un proceso lento y difícil. La obra de Enrique